

El psicoanálisis y sus pasiones



ÁLVARO DANIEL REYES GÓMEZ *

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Forrester, John. *Sigmund Freud. Partes de guerra*. Barcelona: Gedisa, 2000. 320 páginas.

Al publicar un texto se ponen siempre en juego aspectos relacionados con la separación y la pérdida; en esa medida, un libro no solo cuenta como una producción más, sino que también hay partes por ser ingresadas en los cálculos de aquello dejado por fuera. Ahora bien, si antes de ir al papel no se gobiernan completamente las letras, tampoco al ser lanzadas a los lectores, quienes, al recibirlas, actúan como depositarios de una especie de patente de corzo o libertad de abordaje. Así las cosas, cuando la organización del texto facilita aún más esa emancipación lectora habrá que proceder en consonancia. Eso ocurre justamente con esta elaboración de Forrester, armada de un modo tal que se puede navegar empezando por cualquiera de sus seis capítulos, independientes unos de otros en cuanto a contenido. En la parte de “Reconocimientos” (ubicada al final del escrito) encontramos trazas explicativas con relación a la armazón de este libro. Allí dice que esas secciones fueron originalmente encargos, invitaciones o conferencias hechas o pronunciadas en la década de los noventa, siendo su posterior edición la que ha llevado tales pedidos a otras aguas y mares.

Difícilmente se puede hallar en la armazón textual producida de ese modo una única idea o tesis. A cambio de ello, las piezas del libro trabajan temáticas prestas a soltar las amarras del interés de la pluralidad de lectores a que podrían llegar. Así, habrá quienes opten por alistarse en el apartado “Lectores de sueños”; otros serán convocados a asociarse por el asunto de “Justicia, envidia y psicoanálisis”; mezclar amistad, amor y análisis, considerando que estas relaciones se basan en decir siempre la verdad según la idea ferencziana, seducirá a muchos en el capítulo denominado “Víctimas de la verdad”. Por su lado, la sección “Los partes de guerra de las batallas de Freud” atraerá a quienes apuntan a las discusiones de eficacia y cientificidad en las que se envuelve al psicoanálisis; mientras que “Todo un clima de opinión” moverá lectores al destacar la presencia freudiana en prácticamente todos los ámbitos de la cultura popular y erudita del siglo xx y en el que nos encontramos ahora. En fin, pudiera ser que no faltare quien lea comenzando por las últimas páginas, para tropezarse con que el “Epílogo” es una ficticia entrevista post mórtem hecha al maestro vienés. Por nuestra parte, hicimos una lectura siguiendo el orden de los capítulos del libro, pero ahora, al pasarnos a las grafías de esta reseña, nos confesamos devotos del tercer aparte, cuyo título es “Coleccionista, naturalista, surrealista”. Hagamos, pues, comentarios desde allí apelando al usufructo de la patente de corzo propia de cada lector.

* e-mail: dracre@yahoo.com

Si partimos de la idea corriente según la cual Freud coleccionaba solo estatuillas antiguas, ya en las primeras líneas estaremos impugnando esa concepción y tentados a agregar objetos al repertorio. Así, como efecto de la atractiva y convincente presentación, entendemos que a esas figuras les precedió la pesquisa de casos, recogidos desde la década de 1890, y le siguieron las selecciones de sueños e “historias judías de profundo sentido”. Una serie más —acaso excéntrica en su momento— sería la minuciosa clasificación de lapsus, errores de lectura, equivocaciones, extravíos de bártulos, erratas, incorrecciones y chistes. De tal manera que tendríamos por lo menos cuatro admirables recopilaciones atadas al surgir, al devenir y a una estética-política del psicoanálisis, tal como se lo trata en el texto que nos ocupa. Señalar que todo esto es posible gracias al singular modo en que Freud procede desde y con estos objetos es una idea bien expuesta al revelarnos un Freud colector que hace entrar estas “cosas” en circuitos de intercambio, cesión y pérdida; usándolas, además, de un modo que no es ni privado ni enteramente público. Acaso en esta parte, y en otras de los capítulos, lectores prestos a formulaciones lacanianas hagan eco de sus conceptos o extrañen conexiones con su pensamiento, pero solo encontrarán referencias a lo imaginario y una alusión al Deseo, ya que el horizonte de mirada de este libro es Freud visto en perspectivas tales que sería factible, por ejemplo, ubicarlo en la historia del pensamiento como un “[...] coleccionista de pedos y muecas, un arqueólogo de la basura *avant la lettre*, así como un coleccionista de los marchitos pero preciosos desechos de la civilización occidental”¹.

Ese mismo capítulo subraya un carácter estético de la política psicoanalítica y sostiene la hipótesis de que la creación de los “objetos mentales” freudianos, las formaciones del inconsciente, se basa en el “principio vienes del Gschnas”. De esta forma, la manera de proceder psíquica sería afín con tal creación carnavalesca en la que se usan materiales cotidianos,

1. John Forrester, 132.

triviales, inútiles o muy preciados para confeccionar piezas de rara apariencia y carácter cómico. Así, en lugar de invocar explicaciones basadas en transformaciones lenguajeras, se podría atar la manera modernista de creación artística con la invención freudiana, agregando el hecho de que ese modo de proceder haría además ingresar esas creaciones al mundo de la ciencia moderna. Todo ello sería especialmente evidente en la *Traumdeutung*, de tal forma que:

[...] el intérprete de sueños, el celebrante del principio de las *Gschnas*, nunca hubiera soñado con añadir un Picabia o un Duchamp a su colección de antigüedades. En lo que superó a todo lo que más tarde lograrían Duchamp o los dadaístas fue en la conversión de sus colecciones de sueños, chistes y actos fallidos en el material serio de la ciencia. Cada sueño, cada acto fallido, cada chiste, cada pedo es un orinal que los mecanismos inconscientes transforman en un santo grial digno de incluirse en cualquier museo de la ciencia moderna.²

Los desarrollos de este aparte llevan a pensar que las formaciones del inconsciente actuarían como cualquier colección y serían lenguaje al crear significación, con lo cual la labor analítica se orientaría a actuar en función de la singularmente excéntrica colección que se trae a consulta, para allí ubicar su carácter tiránico. Esta última característica es subrayada por Forrester y, junto con otras de sus apreciaciones, es una muestra de la manera como en este texto concibe el inconsciente. Sus ideas, si bien están inspiradas en Freud, corresponden al periodo anterior a los desarrollos introducidos con la publicación de *Más allá del principio del placer*.

Detengámonos en este punto para examinar aspectos de la crítica psicoanalítica, campo en el cual se mueve Forrester. El inglés comparte la convicción de que para escribir en relación con el psicoanálisis es preciso tener conocimiento de causa, lo cual implica no solo ser lector acucioso, sino haber

2. *Ibíd.*, 135.

estado en análisis: “Pero, a diferencia de esos críticos, sostengo que, cuanto más sabemos sobre Freud —cuanto más se desaprende lo que uno estaba obligado culturalmente a saber de él—, tanto más interesante, sorprendente y estimulante resulta”³. Así las cosas, tomar en serio la obra freudiana, buscar saber por sí mismo, desaprender lo culturalmente sabido y estar presto al desconcierto serían referentes de la crítica psicoanalítica. Ahora bien, si desde allí consideramos este libro, asistimos a una escritura crítica donde se conjugan esos elementos. Un ejemplo de ello es su presentación respecto al coleccionismo freudiano o las provocativas elaboraciones del capítulo “Víctimas de la verdad”, dedicado al “cuadrilátero Ferenczi-Gizella-Elma-Freud”, donde podemos apreciar no solo la juiciosa revisión epistolar de los dos analistas (publicada apenas a finales del siglo xx), sino el escrutinio de otras fuentes y, sobre todo, el esfuerzo por armar un lugar crítico abierto al asombro sobre cómo se creó y se recrea en psicoanálisis, sin caer, como otro tipo de crítica, solo en los sucesos transferenciales, amorosos, clínicos y de otra índole. En lugar de ello, este crítico se adentra en esos mismos sucesos, pero para poder establecer mediante ellos la manera de crear analítica freudiana: atando acontecimientos con inquietudes teóricas y con una disposición singular frente al saber. Este es el mayor mérito y empeño del trabajo de Forrester, pues si bien el psicoanálisis en sí mismo, por estructura, desata la crítica, también sabemos la importancia de contar con quienes, más acá o más allá de los efectos de lo reprimido, logran enunciar cuestionamientos.

El capítulo “Lectores de sueños” muestra bastante bien los rasgos de ese lugar construido por críticos como Forrester. Es un apartado dedicado a diseccionar la estilística freudiana apelando a hacer cortes o cisuras no solo desde el exterior, sino desde el vientre del psicoanálisis (resuenan en este proceder asuntos topológicos acaso impertinentes para ser comentados aquí, pero propicios a lectores avezados en

lecturas como las propuestas por Lacan). Ejemplificando sobre todo con *la ciencia* de los sueños, el texto nos va trazando la singular manera freudiana de establecer, mediante su escritura, al lector, al crítico y al paciente. Pero lo más sugerente es la conjetura según la cual no solo se fundan estos lugares, sino que el lector es concitado a pasar de uno a otro, de tal manera que el propio texto freudiano crea a sus lectores. Para sustentar esta idea se acude a una riqueza y variedad de fuentes, como los sucesos del movimiento psicoanalítico, donde no faltan adeptos y disidentes; se va también a otros críticos, a lectores diversos y se incluye, además, a Foucault, con su trabajo respecto a la particularidad de obra y autor, señalada por este como singularmente característica en Marx y Freud.

Otra hipótesis, lista para ser dimensionada, es que el lector del texto freudiano es convidado a “seguir el modelo de todos los interlocutores de Freud, repudie sus teorías y en consecuencia se vea llevado cada vez con mayor fuerza a abrazar su teoría, a identificarse con él”. En este sentido sería paradigmático el primer lector serio de Freud. Para dar fuerza argumentativa a esta hipótesis, Forrester acude a una cita freudiana tomada de la correspondencia con Fliess, donde dice: “Mi filósofo Harry Gomperz es muy divertido. Presuntamente no cree nada, pero descubre toda clase de cosas bellas e ingeniosas [...] Sus sueños citan continuamente los míos, que él ha olvidado, etcétera”⁴. La carnada puesta en la red consistiría entonces en proponer, a través de la identificación, una persecución guiada de la persona del escritor vienes, de tal manera que sabríamos si alguien picó esa carnada cuando el “pescado” critica-lee-no cree pero produce desde allí. El barco no se detiene aquí, pues en este mismo capítulo se lanza la provocadora idea, digna de ser apropiada desde un lugar crítico, según la cual “los verdaderos freudianos, la columna vertebral del movimiento psicoanalítico, son los lectores de Freud, no los psicoanalistas”.

3. Ibíd., 22.

4. Ibíd., 172.

Hagamos someras menciones a otras de las secciones de este libro. Así, en “Justicia, envidia y psicoanálisis”, se propone incluir en la base de la igualdad social un afecto como la envidia; el desarrollo presentado toma en cuenta unas referencias de Freud, de Melanie Klein y de Nietzsche, para considerarlas en función del modo de pensar de Rawls. De tal manera que a partir de los tres primeros autores se exploran las complicaciones y rechazos del público en general y de las teorías sobre lo humano y la cultura. Para desterrar las pasiones como fundamento social, se discuten, en especial, tales dificultades en relación con conceptualizaciones de este último filósofo. Así, tomando como punto de partida la interpretación freudiana del juicio salomónico respecto a la disputa del hijo por parte de dos prostitutas hecha en *Psicología de las masas y análisis del yo*, nos introduce en inquietudes como estas: “¿puede el psicoanálisis implicar la renuncia a una teoría de la gestión política que apela a las categorías universales de justicia y racionalidad?, ¿qué elementos del concepto de envidia del pene provocó la pasión mayor: el pene o la envidia?”. El hecho de preguntarse por cuestiones de esta índole está estrechamente asociado con lo desplegado en el capítulo referido a la presencia del psicoanálisis en el siglo XX, ya que allí, bajo el título “Todo un clima de opinión”, lo que se hace es reiterar el hecho de la invasión de los presupuestos psicoanalíticos, entendidos, incomprensidos, tergiversados o lo que sea, pero en todo caso su incuestionable presencia en el entorno cotidiano y en el de eruditos e ilustrados. Esta presencia ha llegado a crear justamente un clima de opinión que lleva a querer inmiscuir-se, al psicoanálisis y con el psicoanálisis, en todos los dominios y pedirle razones de todo y para todo.

Traer a colación las complicaciones de la formación de los analistas y las dificultades para hacer la historia del psicoanálisis (ambos asuntos enredados con la robusta identidad

forjada en las letras de la presencia freudiana) es otra de las instigaciones de este libro. Vale entonces recordar dos ideas expuestas en sus líneas: la primera señala que ser freudiano es una construcción hecha por vía lectora, gracias a la particular escritura textual que convoca a ocupar tres lugares y a pasar de uno al otro: seguidor de la teoría, crítico y analista de Freud. La segunda idea consiste en la ampliación y función del campo freudiano al constituirse en el condensador del clima de opinión de nuestra época; esta nota expresa dicha idea e indica la importancia de establecer si el psicoanálisis

pertenece a las historias del complejo médico-industrial, a las de las industrias de servicios o del ocio, o es una parte de los medios de comunicación [...]. La certeza de Auden acerca de que la ineluctable presencia de Freud configura el clima de opinión en nuestra cultura puede contar con nuestra conformidad; los historiadores del psicoanálisis aún no han demostrado ser menos hechiceros que nuestros meteorólogos, tanto antiguos como modernos. Saber si lo harán constituye una interesante pregunta.⁵

Pensamientos como los dos últimos expuestos, otros mencionados en esta reseña y varios más prestos a la pesquisa de los lectores son inherentes a quienes hemos sido tentados a entrar en esa red, tendida acaso por el creador del psicoanálisis de un modo como el señalado por Forrester. Si así son las cosas, compartimos entonces la presunción de este crítico, según la cual “[...] resulta tentador aunque quizá no seguro, extraer esta conclusión histórica: solo cuando en una cultura psicoanalítica existe una figura tan dominante como la de Jacques Lacan (... mago y charlatán, gran teórico y transgresor de todo rótulo psicoanalítico) es posible conjurar el hechizo de Freud”. Y echarnos al mar.

5. Ibid., 218.